

La prueba supersticiosa favorece á la malvada, pues que logra apoderarse del niño, y Haitang es condenada á la pena de azotes. Pero exclama: « Cuando vuestra esclava se casó con el señor Ma, al poco tiempo dió á luz este niño. Despues de haberle llevado nueve meses en mi seno, le alimenté durante tres años con mi leche y le prodigué todos los cuidados que el amor materno sugiere: si tenia frio, le calentaba suavemente los miembros: ¡ay de mí! ¡cuántos esfuerzos, cuánta fatiga para criarle hasta los cinco años! Siendo aun débil y tierno no se podría sin ofenderle tirar de él de los lados opuestos; y si para obtener á mi hijo debía dejarle cojo ó estropearle los brazos, he preferido perecer bajo el azote á usar de la violencia para sacarle del círculo. »

Las costumbres chinas representan feo papel en este drama. Hai-tang indica su infame oficio juvenil, diciendo: « Yo vivia entre los sauces y las flores; acompañaba á la puerta á uno, para salir á recibir ó otro, y mi habitual ocupacion eran el canto y la danza. » Rechaza á un hermano que, reducido á la mendicidad, acude á implorar su socorro, y el hermano, á su vez, encontrándola en la desgracia, la llena de ultrajes y de golpes. La otra mujer expresa su adúltera pasión con palabras de tan grosera vehemencia que nadie osaría traducirlas á idiomas cultos. El amante es un bribon sin vergüenza que, viéndose acosado, echa toda la culpa á su cómplice, y dice al juez: « ¿No reparáis que esta mujer tiene la cara bañada de colorete? Si se lavasen con agua los colores prestados de que se adorna, quedaria reducida á una asquerosa máscara, que nadie querría coger aunque tropezase con ella en medio de la calle. ¿Cómo creéis posible que sedujese á vuestro siervo, y le arrastrase á un comercio criminal? Sin embargo, habiendo confesado, á fuerza de tormentos, parte de sus delitos, disputa aun contra las leyes que sabe perfectamente: « Segun las leyes, solo soy reo de adulterio, que no es caso de muerte. »

Mas repugnan todavia en los discursos de los diversos personajes la frialdad y la calma en la inmortalidad, indicio de una extremada corrupcion. Una madre, aludiendo al torpe oficio de su hija, dice: « Yo no puedo pasar sin los vestidos y los alimentos que su industria me proporciona. » Y un juez: « Aunque soy magistrado, no doy ningun decreto: ¿trátase de azotar á uno ó de ponerle en libertad? Lo dejo al abritrio del canciller Chao... Una sola cosa pido: dinero y siempre dinero, y hago de él dos porciones, una para el canciller y otra para mí. »

Esta brutal ingenuidad, al mismo tiempo que revela el escaso arte del poeta, prueba profunda depravacion.

En el *Esclavo de las riquezas que custodia*, se pinta á un avaro con las exageraciones que provocan la risa en Plauto y Molière. Al morir dice á su hijo adoptivo: « Hijo mio, conozco

que se acerca mi última hora. Dime ¿qué especie de ataúd me vas á poner (1)? »

EL HIJO. Si tengo la desgracia de perder á mi padre, le compraré el mejor ataúd de abeto que se encuentre.

EL AVARO. No hagas tal locura: la madera de abeto es demasiado cara. El que está muerto no distingue si la madera del ataúd es de abeto ó de sauce. Detras de la casa hay un dornajo viejo, que no puede ser mas á propósito para el objeto.

EL HIJO. ¿Qué decís? Ese dornajo tiene mas de ancho que de largo, y no cabréis en él, siendo como sois demasiado alto de estatura.

EL AVARO. Pues bien, si el dornajo es demasiado corto, ningun trabajo cuesta acortar tambien el cuerpo. Toma un hacha y divídeme en dos. Colocarás las dos mitades una sobre otra, y estaré allí divinamente. Quiero recomendarle otra cosa importantísima: no emplees aquella excelente hacha para ejecutar esa operacion, sino vé y pide prestada la del vecino.

Naudet ha hecho el análisis de esta comedia, comparándola con la *Aulularia*.

En la *Túnica confrontada*, vemos al principio un rico particular, que, en union de su mujer y su hijo, está sentado con toda tranquilidad bebiendo vino caliente, componiendo versos, y chanceándose acerca de la nieve que cae á copos. En el entusiasmo que á los Chinos inspiran los accidentes de la naturaleza, él se cree en primavera. « Si así no fuese, ¿cómo las hojas del peral caerian una á una, y las flores del sauce volarian á modo de torbellino? Las flores del peral se acumulan, y forman un suelo plateado; las hojas del sauce se elevan al cielo como un adorno ondulante, y vuelven á caer sobre la tierra, etc. »

Estos placeres domésticos, estas exaltaciones pacíficas que constituyen el paraíso de los Chinos, son turbadas por un desconocido llamado Chin-u, al que recogen medio muerto de frio: el hijo le adopta por hermano y le presenta á su esposa, que agrada mucho al extranjero.

Poco despues aquella hospitaliara familia recibe á un desterrado, que, seguido de un arriero, se dirige al punto de su destierro. Chin-u, envidioso al ver que se favorece á otro, roba al infeliz el dinero y las letras de cambio que le han dado. Luego cobra aborrecimiento al que adoptó por hermano y solicita á su esposa, induciéndola con sus artes á abandonar á sus padres y seguirle á su patria. Los padres les alcanzan á orillas del rio Amarillo, y tratando inútilmente de hacerles retroceder, hienden en dos una túnica, y les dan la mitad, diciéndoles: « Hijos míos, tomad esta mitad; nosotros conservaremos la otra. Pensaréis en nosotros cuando la guardéis, y os parecerá ver á vuestro padre y vuestra madre. Nosotros dos, cuando á fuerza de pensar en vosotros, tengamos la

(1) El cuidado del ataúd es uno de los que mas ocupan á los Chinos, y el único en que piensan para despues de muertos,

cabeza enferma y la frente abrasada, al mirar esta túnica creeremos ver vuestras mismas personas. »

Despues de separarse, una nueva desgracia abruma á los abandonados padres: se les quema la casa, con todo lo que poseian, y no tienen mas recurso que mendigar cantando. Aquí se multiplican las aventuras. Su sobrino, que ha llegado á ser persona importante, los encuentra miserables á la puerta de un convento de bonzos, donde aquel distribuye comida á los pobres. El desterrado, á quien habian socorrido, fué nombrado jefe de una aldea, y los dos mendigos son presos y conducidos ante él. El hijo que Chin-u se figuraba haber ahogado en el rio Amarillo, reaparece en traje de sacerdote de Budda, y en la pagoda de la arena de oro recibe á sus ancianos padres, sin ser conocido. Estos, pensando siempre en su hijo, al que creen muerto, piden que se reciten por él oraciones de sufragio, « á fin de que pase del purgatorio á la mansion de los inmortales. »

Al oirse nombrar, el falso sacerdote de Budda conoce á sus padres; despues encuentra á su esposa, guiada tambien á la pagoda por una tierna piedad; luego llega su hijo, el cual ha ascendido al puesto de mandarin, conduciendo preso al malvado Chin-u, que expía su crimen.

Así, por medio del sentimiento religioso se llega al acostumbrado castigo de los malvados en este drama, que sin embargo es obra de una cortesana.

Una cortesana es la protagonista de otro drama, que recibe de ella el nombre de *Chang-iu-ngo*. Un rico negociante está para casarse con ella, á despecho de su primera mujer, y se afana en poner de acuerdo la conveniencia de las dos señoras. Chang-iu-ngo dice: « Ahora quiero presentar mis obsequios á vuestra mujer legitima: le mostraré mi respeto con cuatro inclinaciones de cabeza. Recibirá la primera, se levantará á la segunda, y me devolverá la tercera y la cuarta. »

Hemos dicho cuánta importancia dan los Chinos á semejantes tonterías. La esposa legitima, impulsada por la vanidad, no se levanta: de lo cual resultan injurias y golpes, hasta que la señora muere de un arrebato de cólera, y la cortesana huye con uno que cree haber ahogado al marido de aquella. Un general compra por una onza (fr. 7, 30) al hijo de la señora que la nodriza habia logrado salvar. Pasados trece años, el padre adoptivo le manifiesta su origen, y el jóven encuentra á su verdadero padre mediante unas coplas cantadas por la nodriza, y que contienen las aventuras de la familia. Los dos criminales descubiertos y próximos á recibir el castigo se suicidan.

Ceremonias, dos mujeres, niños vendidos, suicidios; acostumbrados ingredientes de los dramas chinos.

En el *Resentimiento de Teu-ngo*, esta infeliz es condenada á muerte hallándose inocente, y

junto al lugar del suplicio, se vuelve al fiscal del crimen y le dice: « Señor, tengo una gracia que pedir á vuestra excelencia, y si se digna otorgármela, moriré sin sentimiento. »

EL FISCAL. ¿Qué gracia?

TEU-NGO. Pido que se extienda una estera blanca, y se me permita estar de pié en ella. Pido ademá que se cuelguen de la lanza de la bandera dos pedazos de seda blanca de diez piés de altura: si muero víctima de una calumnia, en el momento que el hacha del verdugo corte mi cabeza, cuando la sangre salte de mi cuerpo, ni una sola gota caerá al suelo, sino irá á manchar los pedazos de seda blanca.

EL FISCAL. Puedo concederos ese favor; no hay dificultad.

TEU-NGO. Señor, estamos en la época del año en que los hombres sufren un calor excesivo. Pues bien, si soy inocente, apénas haya cesado de vivir, caerá una nieve espesa y helada, que cubrirá el cuerpo de Teu-ngo... (*Canta.*) Decís que el calor es abrasador, y que el cielo inflamado no dejará caer un copo de nieve. ¿No habéis oído hablar de la nieve que En-yeu hizo volar en el sexto mes? Si verdaderamente estoy llena de una indignacion que arde como el fuego, quiero que haga volar por el aire, como ligeros copos, las flores del agua helada; quiero que estas flores envuelven mi cadáver, á fin de que no se necesite un carro cubierto de paño liso, ni caballos blancos que lo trasporten á una sepultura desierta.

EL VERDUGO ALZANDO EL ESTANDARTE. ¿Qué extraña coincidencia es esta? El cielo se oscurece. (*Se oye soplar el viento.*) ¿Qué viento helado!

TEU-NGO (*canta*). Nubes que ondeáis en el aire, por mí oscureced el cielo! ¡Vientos poderosos, por mí soplad á modo de torbellino! ¡Haga el Cielo que mis tres predicciones se cumplan! (*El verdugo la hiere.*)

EL FISCAL ATERRADO. ¡Cielos! la nieve empieza á caer. ¡Acontecimiento extraordinario!

Los que recuerden cuanto hemos dicho de la parte que, segun las ideas indias, toma la naturaleza en un delito, sentirán la influencia ejercida por el buddismo en los entendimientos chinos, que suponen la naturaleza física dependiente de la moral.

El anciano padre de Teu-ngo, magistrado de apelacion, hallándose por la noche sentado á una mesa cubierta de papeles, tropieza con la sentencia de aquella, y como es un negocio ya juzgado y ejecutado, la coloca debajo de las demas, cuyo exámen continúa segun exige su empleo. Entretanto piensa en su hija, de la cual nada sabe hace siete años, y que llevaba entónces otro nombre. Inmediatamente el espectro de Teu-ngo se agita en derredor de la lámpara, oscureciendo su claridad. Cada vez que el magistrado despabila la luz, la sombra vuelve de abajo arriba los papeles, y pone sobre los demas la sentencia de la jóven Teu-

ngo. El magistrado se aterra viendo reaparecer obstinadamente aquel escrito, como una comprensión muda, como una silenciosa apelación.

La sombra misma se muestra al fin, y el magistrado la interroga con la frialdad y las formas de su oficio, y convencido de su identidad é inocencia, se sienta en su tribunal. Los verdaderos reos le son presentados, la sombra sostiene la acusación, y aunque los asesinos invocan al poderoso Lao-Seu, la sombra insiste, y los obliga á confesar su crimen. Las últimas palabras de la sombra van dirigidas á su padre, pidiéndole que horre de la sentencia el nombre de Teu-ngo.

§ 3. LOS TRÁGICOS GRIEGOS.

Se refiere á la Narración, Lib. III, cap. 19.

La poesía dramática adquirió en Grecia más importancia que en ningún otro país, retratando por una parte la vida exterior y el íntimo sentimiento de la belleza armónica, y por la otra resumiendo en sí toda la literatura restante, á saber: la historia y la epopeya en el enredo, la elocuencia en el diálogo, la lírica en los coros, y además las bellas artes en las decoraciones. Una medida de aceite y una rama de olivo cogida en los jardines de la Academia eran el premio destinado al vencedor de los juegos dramáticos; pero á él se unían el aplauso del pueblo más culto, la ejecución adornada del más pomposo aparato escénico, el carácter patriótico y religioso que tomaban las representaciones y el poeta. Por eso Aristóteles colocaba á la musa trágica por encima de la épica.

ESQUILO.

Dejando á un lado las débiles tentativas anteriores, y las inútiles disputas de prioridad, Esquilo se nos presenta como el que, si no inventó, elevó la tragedia á la categoría de arte armónica y bella.

En cuanto á la forma, la epopeya jónica y la lírica dórica le enseñaron el vuelo; al único actor introducido por Frinico para que hablase con el coro, añadió otro y creó el diálogo; dió á la tragedia palco escénico regular, trajes y decoraciones propias, invenciones mecánicas, dignas de entretener al más culto de los pueblos, reunido en Atenas en las fiestas Dionisiacas, que se celebraban entre fines de marzo y principios de abril. Retrató al hombre en sus formas más gigantescas, cuando, por una fuerza superior, inevitable, es arrojado de la cúspide de la fortuna al abismo de la miseria, y del severo dogma de la fatalidad dedujo el interés de sus dramas. En seguida, para que las impresiones fuesen más graves, fué á buscar asuntos en las tradiciones más remotas, en aquellos mitos que revelaban las sublimes verdades pri-

mitivas, y que él había aprendido en la escuela de Pitágoras (1): allí encontró á Prometeo, símbolo de la humanidad, que roba el fuego celeste, civiliza á los hombres, y es castigado por el bien que hizo y libertado por la fuerza. De él formó el protagonista de una tragedia, la cual, según los pedantes, debe considerarse como mezquina, por reducirse á eternos lamentos del héroe ó de otras divinidades; pero que ofrece al lector inteligente un grandioso emblema del hombre que peca, sufre y se regenera, ó del genio que padece porque es grande, porque no se somete al imperio de Júpiter, y ama más á la raza humana que á sí mismo.

La acción del *Prometeo* se dividía en tres partes; pero solo ha llegado á nosotros la que describe sus padecimientos. La Fuerza y el Poder conducen á Prometeo « á las más remotas comarcas de la tierra, á las inaccesibles montañas de la desierta Escitia. » Allí Vulcano, obligado á encadenarle de orden de Júpiter, le compadece:

« ¡Oh, hijo de Témis, cuya mente nutre profundo saber! á pesar mío te ciño con estos indisolubles nudos de hierro en esta inhospitalaria roca, donde no oirás ninguna voz ni verás ningún rostro humano. Quemado, bronceado por los rayos del sol, tu aspecto cambiará. La noche suspirada ocultará la luz con su estrellado manto, y el sol disipará de nuevo el rocío del alba, sin que sus disgustos cesen de devorarte ni haya quien te alivie. Tal es el fruto del amor de los mortales, con quienes quisiste ser demasiado liberal, no temiendo la cólera de los dioses, y por lo mismo permanecerás aquí eternamente guardando esta roca, sin cerrar los párpados ni doblar la rodilla. Exhalarás muchos suspiros, lanzarás muchas quejas inútiles; porque el corazón de Júpiter es inexorable, y siempre peca de áspero aquel cuyo imperio es reciente. »

Pero el Poder y la Fuerza extinguen en él la Piedad, y cuando Prometeo está encadenado, el primero le insulta diciéndole:

« Ahora puedes hacer gala de tu atrevimiento; ahora, arrebatando sus dotes á los númenes, puedes comunicarlas á los mortales. ¿Qué mérito escogitarán, di, los hombres para aliviarte de este martirio? Verdaderamente los dioses no acertaron en llamarte Prometeo (2); tú mismo necesitas de un Prometeo que te saque de semejante apuro. »

Entonces Prometeo prorrumpe en un lamento sublime:

« ¡Oh éter divino! ¡Oh veloces y aladas áuroras! ¡Oh manantiales de los ríos! ¡Oh innumerables olas del mar! ¡Oh tierra!..... á tí, madre de todas las cosas, y al ancho disco del sol omniveyente imploro. Miradme; ved cuánto pa-

(1) Venial Aeschylus, sed etiam Pythagoreus. Cic. Tuscul., II, 9.

(2) Prometeo significa *provído* según la etimología griega. Nosotros hemos dado otra distinta etimología á esta palabra.

dezo á manos de los númenes, yo que también soy númen: ved las penas que deben martirizarme por un tiempo infinito! Este infame tormento halló para mí el nuevo jefe de los dioses. ¡Ah! Lloro lo presente y lo porvenir; ¿cuándo concluirán tan terribles males? Pero ¿qué es lo que digo? Ante mis ojos se presenta claro lo futuro, y no me sucede ningún desastre impensado. Preciso es soportar el golpe del hado con calma, pues la fuerza del destino no puede contrarrestarse: lo sé; pero, en tal estado, tan duro é imposible me parece callar como no callar. Este castigo me ha sido aplicado, ¡infeliz! porque hice un regalo á los mortales. En una caña hueca me atreví á robar una chispa del fuego del sol, origen de todas las artes, la mayor de las utilidades para el hombre: tal es mi delito, y por él yazgo aquí entre cadenas, al aire libre. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!..... »

Solo el arte en sus últimos tiempos, y cuando es menos natural, pretende que los héroes sufran sin lanzar un gemido, y que la debilidad humana desaparezca bajo el orgullo heroico. Las Oceanidas, el mismo Océano y el coro acuden á oír y compadecer al ilustre desgraciado, y sus cánticos endulzan la angustia de aquella situación. Al principio Prometeo indica la historia de Júpiter y su ingratitud hacia él, y añade:

« Tiempo vendrá en que el señor de los dioses necesitará de mí, de mí, maltratado como me veís con tan duros hierros, para que le descubra la nueva trama urdida con objeto de destruirle; pero en vano tratará de aplacarme con palabras lisonjeras ó de imponerme terror con crueles enemigos. No desplegaré los labios hasta que no me deje libre y me satisfaga la deuda de este suplicio impío. »

Después abandonándose á nuevos lamentos, expone los servicios que ha hecho al hombre:

« Apenas se hubo sentado Júpiter en el trono paterno, repartió diversos dones entre los dioses, y arregló el imperio. Solo se olvidó enteramente de los infelices mortales, pues, al contrario, quería destruir toda la raza humana y procrear otra; nadie se opuso, excepto yo. Yo fui el único que osé obrar en contra; yo preservé del Orco las humanas vidas, y por eso me consumo en medio de estas atroces penas. Á mí, que me compadecí de los mortales, no se me consideró digno de lástima, y oprimido cruelmente, sirvo de espectáculo oprobioso á Júpiter. »

CORO. Tiene sentidos de hierro y ha nacido de un pedernal, ¡oh Prometeo! el que no se conmueve al verte y al ver tus desgracias. ¡Ay! ¡ojalá que no te hubiese visto nunca en tal estado! El dolor embarga mi alma.

PROM. Para ojos amigos, soy en realidad digno de lástima.

CORO. Pero di, ¿no pasaste más allá, acaso?

PROM. La prevision del hado futuro evité en el hombre.

CORO. ¿Qué remedio aplicaste á semejante mal?

PROM. Esperé ciegamente habitar en él.

CORO. Has hecho un gran bien á los mortales.

PROM. Además les di el fuego.

CORO. ¿Poseen también el fuego?

PROM. Y aprenderán por su medio muchas artes.

CORO. ¿Con que son esas las culpas que Júpiter en tí castiga tan severamente? ¿Y no está fijado el término de tu padecimiento?

PROM. El término será cuando á él le agrade.

« Como se descubren las tradiciones teológicas en esta filosofía que, procedente del templo, se une á la poesía! En otro lugar revela al coro más abiertamente sus beneficios:

« Oid las necesidades de los mortales, y cómo les dispensé juicio y entendimiento, á ellos que eran antes estúpidos. No lo digo porque tenga quejas de ellos, sino para demostrar lo mucho que los he amado. Antes no veían, aunque tuviesen ojos, ni oían, aunque tuviesen oídos, semejantes á las larvas de los sueños y hacia largo tiempo que todo lo mezclaban necia é inútilmente. No sabían fabricar casas con piedras, ni cubrirlas con vigas, sino que pasaban la vida bajo tierra, como viles hormigas, en medio de las tinieblas de oscuras cavernas. Ellos no veían señales distintas en el invierno, en la florida primavera, en el fructífero verano, todo lo hacían sin saber por qué. Yo les mostré los nacientes y ponientes secretos de los astros; inventé para ellos el arte soberano de los números; les enseñé á enlazar los signos de las letras, y á educar la memoria, ejecutora de todas las cosas y madre de los Musas. Yo fui el primero que uní al yugo los animales, para que sirviesen al hombre, reemplazándole en llevar graves pesos; yo sometí al freno los caballos, y los conduje al coche, pompa de alta opulencia; y por último, yo, solo, inventé los veleros carros undivagantes de los pilotos. ¡Infeliz! ¡Y después de enseñar tantas artes y ciencias al hombre, no hallo medio de libertarme del presente infortunio! »

Justo es, pues, que toda la naturaleza tome parte en su desgracia:

« Esta tierra lamenta tu infortunio, y resueñan en torno los gemidos que le arrancas tú viéndote precipitado con los tuyos desde la cumbre de los honores al más profundo abismo. El dolor que tus graves y justas quejas expresan, hieren á todos los que tienen aun su mansion en el Asia.

« Lloran las vírgenes de Cólcos, impávidas en los tumultos de Marte, y el pueblo que habita en la apartada Escitia, á orillas de la laguna Meótis, y los marciales Árabes, y los que residen en las altas cimas del arduo Cáucaso, nación aguerrida y diestra en blandir la aguda lanza.

« Antes de ahora no he visto más que á un